

2

Interpretación de la Biblia

La Biblia, como libro sagrado del judaísmo y del cristianismo, no solo ha de ser leída, sino que ha de ser interpretada. Este proceso de interpretación puede ser múltiple. Desde el simple estudio o análisis hasta su actualización y oración. Por esa razón, la interpretación de la Biblia está sometida al dictamen de las características propias de los textos, a las metodologías de lectura, estudio y, sobre todo, al lugar en el que se sitúa quien se acerca al texto bíblico desde un punto de vista creyente o no. No es lo mismo hacer una lectura creyente de la Biblia que una lectura no creyente. Además, es necesario tener en cuenta el carácter multidisciplinar que hoy requiere la interpretación de la Biblia. Un texto bíblico, para ser interpretado correctamente, necesita recurrir a ciencias de apoyo que enriquezcan la lectura e interpretación. Así, por ejemplo, son apoyos para la interpretación de la Biblia las aportaciones de la filología, la antropología, la historia, la arqueología, la sociología, la psicología, la crítica literaria, etc.

2.1. HERMENÉUTICA

La hermenéutica es el arte de explicar, interpretar y actualizar un texto. La hermenéutica es un recurso necesario para todos aquellos escritos que han de ser interpretados por diferentes personas y en diferentes momentos. Aunque siempre que se ha interpretado la Biblia de alguna forma se ha hecho hermenéutica, como tal, la hermenéutica fue creada como ciencia moderna a principios del siglo XIX por

F. Schleiermacher (1768-1834). La historia del texto bíblico y la historia de su interpretación hacen de la Biblia uno de los objetivos prioritarios de la hermenéutica. La hermenéutica bíblica se refiere a la teoría de la interpretación de los textos que constituyen lo que llamamos Biblia, su contenido y significado.

2.2. EXÉGESIS

La exégesis es el ejercicio de explicar o interpretar un texto o la obra de un autor. En los estudios bíblicos, es el acto por el cual, en el proceso hermenéutico de interpretación, se analiza un texto bíblico siguiendo uno o varios métodos o acercamientos. El exégeta, también llamado biblista, es la persona preparada y capacitada para realizar el trabajo de estudio y análisis de toda la literatura relacionada con la Biblia. Se hace exégesis de la Biblia, pero también de la literatura que está de alguna forma relacionada con la Biblia (apócrifos, Talmud, Midrash...).

En general, la exégesis bíblica sigue tres pasos: a) El establecimiento de los límites del texto que se va a estudiar. b) El análisis de todas las palabras del texto o de las más significativas. c) El estudio del marco histórico y cultural en el que el texto fue escrito.

2.3. INTERPRETACIÓN JUDÍA DE LA BIBLIA

El judaísmo lee la Biblia con la misma reverencia y veneración con la que lo hacen los cristianos. En ningún momento de la historia del judaísmo han faltado movimientos y grupos dispuestos a leer la Escritura, a interpretarla y a actualizarla. Estos grupos han dado pie al nacimiento de corrientes e interpretaciones –a tenor del momento– más o menos literales o espirituales del texto. Todavía en nuestros días podemos encontrarnos personas pertenecientes a grupos o escuelas judías dispuestas a dedicar sus vidas a la lectura y estudio de la Biblia. Así, grupos y sectores diversos del judaísmo mantienen el interés por los escritos sagrados. Las

modernas escuelas de rabinos, las academias de tipo sinagoga, los centros lingüísticos de aprendizaje del hebreo, el *ulpán* para extranjeros, los institutos y facultades bíblicas judías mantienen viva la lectura de la Biblia hebrea, como lo hicieron los antiguos judíos que se sumergían a estudiar la Palabra de Dios en la que ellos llamaban «la lengua de los sabios», aquellos que se convirtieron en los grandes transmisores de la fe del pueblo y dieron lugar al nacimiento de escuelas como las de los escribas, los *soferim* y los *tannaim*, la de Shammai y Hillel hasta llegar a la Misná y el Talmud.

Los judíos leen la Biblia

Tenemos que remontarnos a los mismos orígenes del judaísmo para descubrir los primeros intentos de lectura y de interpretación de los textos sagrados. Tras la historia final del reino de Judá y la situación de exilio que vivieron los israelitas en Babilonia surgió de manera espontánea la interpretación de los propios orígenes del judaísmo en forma de historia sagrada. El tiempo del exilio fue uno de los períodos de mayor fecundidad en la creación literaria de la Biblia. Era necesario poner por escrito los orígenes, la identidad y las principales historias de una tradición muy antigua. Muchos de los escritos de este momento se convirtieron en interpretaciones de la historia y de los textos más antiguos de la Biblia. Esto hizo que el escenario exílico fuese un tiempo relevante para recuperar las señas de identidad y origen de la recopilación escrita de las grandes tradiciones sagradas que hasta ese momento se habían transmitido, en su mayoría de forma oral. De esta forma, una buena parte de la redacción bíblica fue al mismo tiempo interpretación de la historia. Ya se estaban leyendo e interpretando los primeros textos bíblicos mientras se seguían redactando nuevos escritos y libros inspirados que terminarían formando parte del canon de la Biblia hebrea.

Tras el exilio en Babilonia y el regreso de los judíos, la restauración de la vida y la organización del culto en Jerusalén, surgió otra forma de leer la Biblia en clave histórica. La experiencia del exilio hizo que la Biblia se convirtiera en el mejor espejo para los israelitas, el punto de referencia para descubrir a Dios en los

acontecimientos de la historia y el estudio de la Ley para descubrir en las palabras sagradas los preceptos y normas divinas para no volver a repetir infidelidades y, en consecuencia, revivir experiencias de esclavitud y exilio.

Durante la época del segundo Templo, la influencia de las dos culturas –el helenismo y el Imperio romano– hizo que el judaísmo leyese e interpretase la Biblia de diferentes formas. Para unos la asimilación de las dos culturas formaba parte de la vida, a la que habían llegado por su propia voluntad; para otros el rechazo a las dos culturas se había convertido en la razón de ser y el sentido de la existencia. Se trataba de defender una tradición –la que estaba reflejada en los textos de la Biblia– de todos los peligros e influencias de las potencias invasoras. La intervención del poder romano en tiempos de Jesús dio lugar al nacimiento de numerosos grupos que leyeron la Biblia al pie de la letra y desarrollaron –como oposición a los romanos– un gran sentido de la ritualidad, la ortodoxia y el legalismo que manifestaban los textos sagrados, especialmente los relativos a la legislación mosaica.

Uno de los grupos ortodoxos más relevantes de esta época y que con mayor intensidad leían la Biblia fue el de los hombres de Qumrán. Aquellos hombres se habían retirado al desierto –a las orillas del mar Muerto– en oposición al judaísmo oficial y al Templo de Jerusalén, a quienes acusaban de haber devaluado la normativa establecida por Dios a través de la Biblia. Para aquellos hombres el retiro al desierto no solo se convertía en una huida del bullicio del mundo, sino que habían adoptado como forma de vida la dedicación exclusiva a la lectura e interpretación de la Biblia. Ellos fueron los autores de los populares manuscritos del mar Muerto descubiertos en 1947 en las cuevas de Qumrán, después de haber permanecido ocultos durante casi dos mil años.

Tras la destrucción del Templo de Jerusalén y la diáspora, el pueblo hebreo siguió leyendo la Biblia de una forma más imprecisa. A lo largo de la historia y en diferentes lugares fueron surgiendo grupos y comentaristas de los textos sagrados judíos que dieron lugar a escuelas y tradiciones muy diferentes. La península Ibérica fue, durante mucho tiempo, un escenario muy fecundo dentro del judaísmo para la lectura e interpretación de la Biblia. La Escuela de Traductores de Toledo y otros centros de enseñanza de la lengua y tradiciones judías se convirtieron en verdaderos

núcleos de lectura e interpretación de la Biblia como Palabra de Dios.

Sin embargo, las lecturas del Antiguo Testamento –de la Biblia hebrea– siempre han sido y seguirán siendo intérpretes de sí mismo. Muchos de los escritos sagrados contienen interpretaciones y relecturas de otros textos de la Biblia. En realidad, desde los primeros instantes de redacción y composición de los textos, la interpretación es parte integrante del contenido de los escritos. Los mismos profetas –por poner un ejemplo– se inspiraban en viejas historias y tradiciones para interpretar y releer los acontecimientos que estaban viviendo –lo que llamamos la intertextualidad–. La historia del judaísmo y su lectura de los textos está plenamente identificada y configurada por la identificación de la Biblia hebrea, como pone de manifiesto la imagen rabínica de un Dios que estudia e interpreta su propia Ley. A lo largo de toda la historia, el judaísmo ha comprendido que la Ley revelada ha de ser objeto de estudio continuo y que su aplicación tiene que verse actualizada constantemente para que el contenido de la letra impresa no se convierta en letra muerta.

Métodos judíos de interpretación

En un intento de sistematizar la metodología de lectura e interpretación de la Biblia que han hecho los judíos a lo largo de la historia, podemos establecer la siguiente serie de métodos y acercamientos a la Biblia:

El Targum: Uno de los primeros métodos de lectura y estudio de la Biblia dentro del judaísmo fue el Targum o método targúmico. Se trataba de traducir los textos de la Biblia hebrea al arameo –lengua que hablaron los israelitas durante y después del exilio en Babilonia– e intercalar entre los textos sagrados una serie de notas y explicaciones de carácter geográfico, con aportaciones de tipo histórico, con precisiones de costumbres propias del judaísmo antiguo, etc. Hasta nosotros ha llegado una importante colección de estos comentarios explicativos de la Biblia, como el *Targum de Onquelos*, el *Targum de Jonatán ben Uziel*, el *Targum Samaritano*, el *Targum de Pseudo Jonatán*, etc.

El Midrás: Era una serie de lecturas e interpretaciones de la Biblia en forma de

historias, sermones y pequeños comentarios. Los judíos utilizaron este método en la investigación de la Biblia en general o de un pasaje en particular tras la crisis macabea en el siglo II a. C. Las nuevas situaciones derivadas de los cambios políticos y sociales exigían una adaptación y actualización de los textos sagrados. El Midrás – en plural, los *midrashim*– precisaba estas adaptaciones y sus complementos. El Midrás es el primer intento de hacer comentarios a los textos de la Biblia desde fuera, no con interpolaciones, glosas o añadiduras a los escritos sagrados, sino escribiendo comentarios en textos separados e independientes.

La Halaká: La lectura de la Biblia por parte de los judíos en la época de Jesús dio lugar a la aparición del método halákico, que consistía en la actualización de los textos sagrados a las normas de vida vigentes en ese momento de la historia. Se trataba de regular la vida mediante la Ley y, de esta manera, asumir los preceptos y mandatos de Dios como normas de vida y organización de la sociedad, precisando la normativa establecida en los escritos sagrados de la Biblia.

La Hagadá: Era cualquier clase de explicación de la Biblia que no fuera al estilo de la Halaká. Consistía en leer y comentar el texto a través de indicaciones, amonestaciones, exhortaciones y todo tipo de discusiones de tipo moral o doctrinal. La Hagadá era una especie de homilía que se destinaba a promover las enseñanzas, las virtudes y la historia de Israel como pueblo elegido por Dios.

El Peshet: Se trataba de una nueva lectura de los textos bíblicos, que eran considerados anuncios o vaticinios en forma profética para ser interpretados en función de realidades históricas –ya pasadas–. Es decir, como realización de la voluntad de Dios en la historia inmediata a la luz del anuncio de los profetas. Muchos de los manuscritos del mar Muerto siguen estos principios en la lectura que hacen de la Ley.

Las Middot: El judaísmo de los rabinos creó su propia interpretación de la Biblia según una serie de normas precisas [*middot*] que quisieron unir la legislación oral y escrita a partir de la experiencia de los rabinos y de aquellos maestros que, con su enseñanza, exponían los argumentos temáticos de los escritos sagrados.

Los manuscritos del mar Muerto: El descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto sacó a la luz una serie de textos que contenían comentarios a los textos

bíblicos, especialmente a la Ley y otros de carácter normativo. Los textos de Qumrán son la prueba y garantía de una lectura rigurosa y ritualista de la Biblia que sus autores aplicaron a su propia vida con austeridad.

2.4. INTERPRETACIÓN CRISTIANA DE LA BIBLIA

Casi de forma paralela, mientras los judíos leían e interpretaban la Biblia hebrea, los cristianos hacían lo mismo con el Antiguo y el Nuevo Testamento. Dos mil años de interpretación cristiana se resumen en varios momentos. Unos de esplendor en donde autores iluminaban a los creyentes con sus comentarios a los libros bíblicos y otros momentos de silencio en donde apenas se incorporaban novedades al estudio de la Biblia, una lectura que llegó a ser lectura prohibida por la propia Iglesia.

La interpretación cristiana de la Biblia nace en la misma Biblia cuando autores o protagonistas del Nuevo Testamento leen e interpretan las Escrituras. Fuera de la propia literatura en sí, la Biblia comienza a ser interpretada en el siglo III, cuando descubrimos en las iglesias antiguas la institución del oficio de lector para las celebraciones litúrgicas, como leemos en las Actas del martirio del obispo Fructuoso de Tarragona y sus diáconos Augusto y Eulogio (s. III).

En los siglos IV y V tenemos referencias a intérpretes cristianos de la Biblia: Prudencio (348-423) comenta con ilustraciones pasajes de la Biblia en su *Dicchoetaeum*. Juvenco (s. IV) escribe un poema en el que interpreta la Biblia relacionando la armonía evangélica con el relato de la vida de Jesús. Prisciliano (340-385) escribe el primer tratado de interpretación de la Biblia: Sobre la libertad de leer e interpretar la Biblia. Lucinio Bético (s. V) anota la traducción latina de san Jerónimo (Vulgata).

De los siglos VI y VII tenemos fragmentos de pizarras visigodas con ejercicios de caligrafía que comentan e interpretan la Biblia. Las *Excertitationes Scholares* demuestran que la Biblia era utilizada en las escuelas para aprender a leer y escribir.

En el siglo X aparecen las primeras biblias miniadas. Las ilustraciones eran

verdaderos comentarios e interpretaciones de los textos sagrados. Una de las primeras obras de estas características es el *Códice Legionense*, primera Biblia mozárabe, de Sancho y Florencio del año 960, que se conserva en la Biblioteca de San Isidro de León.

Entre los siglos X y XII se desarrolla el método de interpretación miniado. Los conocidos como Beatos de la Biblia son códices ilustrados que comentan con imágenes alegóricas el texto sagrado. Destacan el *Beato de Burgo de Osma*, el *Beato de Silos*, el *Beato de San Millán de la Cogolla*, el *Beato de Seo de Urgel*, el *Beato de Turín*, el *Beato de San Pedro de Cardena*, el *Beato San Andrés del Arroyo*.

En el siglo XII aparecen las ediciones románicas de la Biblia, que contienen ilustraciones que interpretan los textos con un estilo nuevo y diferente a los Beatos. Destaca la *Biblia Románica de Burgos*. Del siglo XII es la *Biblia de Ávila*, un códice medieval con numerosas ilustraciones de los pasajes bíblicos. Del mismo siglo es la *Biblia de la Colegiata de León* (1162), una copia ilustrada del códice Legionense con ilustraciones que reflejan las vestiduras medievales y ornamentos de la época. También tenemos las interpretaciones ilustradas del códice Emilianense de San Millán de la Cogolla, con miniaturas que ayudan a conocer la España medieval.

En el siglo XIII, la *General Estoria* de Alfonso X (1272-1284) recrea la historia bíblica con glosas y comentarios que muestran la interpretación del texto sagrado. Ese mismo siglo, las biblias romanceadas rememoran momentos y escenas bíblicas, como el diario de su viaje a Tierra Santa que Aimerich de Malafaida regala al arzobispo de Toledo.

En el siglo XV, la *Biblia de la Casa de Alba* (1422-1433), traducida por el judío de Toledo Rabí Mosé Arragel de Guadalajara, contiene numerosas glosas que interpretan pasajes bíblicos, como vemos en los ejemplos: «Cómo el Señor acató la ofrenda de Abel y no la de Chayn», «Adán cognoscíó a Eva, su muger, conviene saber, durmió con ella e concibió e parió a Chayn».

En el siglo XVI, la *Biblia Polígloa Complutense* (1514-1520), patrocinada por el Cardenal Cisneros, será la primera fuente de interpretación de la Biblia en la que trabajaron hebraístas, helenistas y latinistas, como medio para contrastar, comparar e interpretar los textos originales de la Biblia con las traducciones clásicas. También

de ese siglo y con características similares es la *Biblia Regia de Arias Montano* o *Políglota de Amberes* (1569-1573) patrocinada por Felipe II.

En la segunda mitad del siglo XVI sucede algo sin precedentes, como reacción a la Reforma protestante de la «Sola Scriptura»: la Iglesia católica prohíbe leer la Biblia y, por tanto, comentarla e interpretarla; el libro sagrado entra a formar parte de la obras del Índice de libros prohibidos y se ordena retirar todas las biblias. El proceso a fray Luis de León (1572) por traducir el Cantar de los Cantares es una consecuencia de esta prohibición.

Tenemos que saltar al siglo XVIII para que la Iglesia católica retire la prohibición de leer la Biblia y recuperar el ritmo de comentarios e interpretaciones. En 1757, el papa Benedicto XI permite traducir la Biblia a las lenguas vulgares. En 1783 la Inquisición española autoriza la lectura de la Biblia. Así llegamos al final de siglo y comienzos del siguiente, con la aparición de dos versiones que con su traducción interpretan los textos bíblicos. Son la Biblia de Felipe Scio (1790-1793) patrocinada por el rey Carlos III y la Biblia de Torres Amat (1825).

En 1865, el dibujante Gustave Doré ilustra con grabados toda la Biblia. Los grabados de Doré se convertirán en magníficos comentarios gráficos a los relatos bíblicos y sugerentes interpretaciones de los textos sagrados.

El siglo XX es el siglo de los movimientos bíblicos. El Concilio Vaticano I, la encíclica *Spiritus Paraclitus* de Benedicto XV (1920), la encíclica *Divino Afflante Spiritu* de Pío XII (1943) y la Constitución *Dei Verbum* (1965) del Concilio Vaticano II pusieron las bases para un siglo de oro en el mundo de los estudios bíblicos y la interpretación del texto sagrado. A lo largo del siglo XX se crearon instituciones, asociaciones y centros para el estudio de la Biblia (Sociedad Bíblica, Asociación Bíblica Española, Institución Bíblica San Jerónimo, La Casa de la Biblia), instrumentos para la investigación (institutos bíblicos, semanas bíblicas, simposium bíblico, jornadas y congresos). La congregación de los Misioneros del Verbo Divino (*Societas Verbi Divini*), fundada en 1875, dedica una buena parte de su trabajo a la promoción, edición y difusión de la Biblia y su estudio. Nunca antes se habían puesto tantos medios al servicio del estudio y la investigación de la Biblia.

Géneros literarios

La Biblia es el libro de la literatura universal que contiene mayor número de géneros literarios. El lenguaje oral y escrito han determinado una colección de géneros y estilos que han permitido a los autores, escritores, hagiógrafos y copistas de los textos sagrados poner por escrito una serie de acontecimientos que reflejan la historia de dos tradiciones: la judía –en el Antiguo Testamento– y la cristiana –en el Nuevo Testamento–. El lenguaje es el canal de transmisión de estas tradiciones. Sin embargo, los distintos momentos, lugares y autores que participaron en la redacción de los textos sagrados nos obliga a hablar de estilos diferentes, formas variadas y multitud de expresiones de las que solo podemos dar cuenta a través de la gran variedad de géneros literarios que se dan cita en los textos sagrados de la Biblia. Es necesario, por tanto, conocer, distinguir y tener en cuenta la variedad de géneros, estilos y tradiciones que intervienen en la redacción bíblica para, de esta forma, entender el contenido de estos escritos y comprender su mensaje.

El género es la forma en su mayor desarrollo y extensión, el estilo literario concreto y las características determinadas que un autor o hagiógrafo ha utilizado a la hora de redactar un escrito. Los géneros literarios que aparecen en la Biblia son muy variados. Es necesario tener en cuenta sus propios contextos y, de manera especial, la cultura y antropología en la que nacen y se desarrollan para descubrir la intencionalidad y el contenido de los mensajes que se transmiten.

El estudio de los géneros literarios sigue un proceso diacrónico teniendo en cuenta la historia y la vida de los textos bíblicos. El primer paso del análisis de los géneros literarios nos obliga a trabajar desde una perspectiva crítica con el texto teniendo en cuenta su contexto social, cultural, político; comparándolo con otros escritos paralelos o de otras culturas; a través de ciencias afines como la filología o la crítica literaria. El paso siguiente consiste en aislar las más pequeñas unidades literarias y clasificarlas teniendo en cuenta las características propias del género en concreto. Se trata de definir el texto desde el análisis del género por inducción. A continuación, el biblista pone en relación el género literario del texto con su contexto, esto es, teniendo en cuenta las necesidades y conveniencias de un momento social o histórico determinado, una psicología concreta, el ambiente

colectivo general. A través de estos pasos el biblista se va haciendo con la historia del texto y se hace con el contexto que influyó en el escrito para descubrir el pretexto del autor como la intencionalidad que le llevó a ponerlo por escrito.

Los géneros literarios del Antiguo Testamento

A primera vista, el Antiguo Testamento no ofrece dificultades a la hora de definir sus propios géneros literarios. La diferencia entre la poesía y la prosa siempre ha sido clara, y los oráculos y géneros gnómicos, fáciles de reconocer.

En primer lugar, la prosa del Antiguo Testamento contiene viejas tradiciones orales convertidas en literatura a través de géneros como el discurso, la oración, la plegaria y la predicación. En segundo lugar, encontramos géneros procedentes de tradiciones legales como las colecciones de leyes de estilo apodíctico, casuístico, ritual, festivo y los escritos epistolares. En tercer lugar, tenemos escritos legendarios, mitos, fábulas y otras narraciones que se transmitían a través de las generaciones de forma oral. En cuarto lugar, tenemos los escritos provenientes de tradiciones escritas que recogían datos históricos, acontecimientos biográficos, descripciones de lugares, escenarios, fisonomías y visiones.

La literatura poética del Antiguo Testamento nos sitúa ante nuevos géneros literarios, entre los que podemos destacar las loas y cantos de victoria, las canciones nupciales y poemas amorosos, los himnos de guerra y los cantos funerarios, escritos sapienciales así como la amplia colección de oraciones poéticas en forma de salmos, himnos y cánticos para ser utilizados en la liturgia y en las festividades del calendario.

Finalmente encontramos sentencias, proverbios, máximas y otros escritos que formaban parte del patrimonio cultural del pueblo y que fueron recogidos y destacados en el Antiguo Testamento como ilustraciones y referentes para los oráculos, profecías y otros escritos de tipo histórico.

Los géneros literarios en el Nuevo Testamento

Hablar de géneros literarios en el Nuevo Testamento es casi como hablar de partes o libros del mismo. Los cuatro evangelios pertenecen y configuran el género evangelio; la amplia colección de cartas a las primeras comunidades cristianas y forman el llamado género epistolar. La mayoría de los escritos del Nuevo Testamento son, por su propia naturaleza, géneros en sí mismos. Sin embargo, estos grandes géneros o géneros mayores están formados, a su vez, por otros géneros que los configuran y caracterizan. Así, dentro de los evangelios podemos encontrar discursos, parábolas, acontecimientos históricos, alegorías, milagros; y dentro de la literatura epistolar tenemos himnos, cánticos, sentencias, catequesis.

Así pues, en el Nuevo Testamento podemos hablar de géneros literarios mayores, como son los evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las cartas y el Apocalipsis. Estos cuatro géneros mayores configuran el escaparate literario del Nuevo Testamento. Dentro de cada uno de ellos podemos hablar de géneros literarios menores o subgéneros. De los cuatro géneros neotestamentarios, las cartas o literatura epistolar y el Apocalipsis eran géneros ya existentes que el Nuevo Testamento asume como parte de su literatura. Sin embargo, el género evangelio y el de los Hechos de los Apóstoles son géneros nuevos que nacen con la redacción y composición del Nuevo Testamento.

a) **El evangelio:** Los evangelios del Nuevo Testamento pertenecen a un género literario nuevo para la literatura bíblica que no existía en el Antiguo Testamento y que forma parte de la novedosa creación literaria de los escritos cristianos. El género, como su nombre indica, quiere decir: mensaje de salvación, buena noticia comunicada que tiene como tema y contenido central la figura de Jesucristo. El género evangelio tiene la misión de presentar a Jesús como el Cristo, el Señor. Para conseguir este objetivo, los autores de los evangelios presentan los momentos más importantes de la vida de Jesús como puntos centrales de fe a la luz de su pasión, muerte y resurrección. En ningún caso podemos considerar el evangelio o los evangelios como «vidas» de Jesús al estilo de las biografías. Pero tampoco podemos considerar los evangelios como colecciones de historias y dichos en el sentido de los memoriales clásicos. Ni tan siquiera podemos identificar el género evangelio como una cronología de la vida de Jesús. El género presenta a Jesús y su mensaje como acontecimiento mesiánico y de salvación. Los evangelios pretenden

dar testimonio, garantizar y afianzar la fe de los cristianos.

De esta forma, podemos establecer una serie de características que definen el género evangelio. En primer lugar, el evangelio queda vinculado a la proximidad a la Tradición, en donde el evangelista se sitúa en el marco de su texto y es capaz de ofrecer una visión retrospectiva de la vida de Jesús para sacar a la luz los momentos más importantes en forma de catequesis, descripción o elaboración literaria. En segundo lugar, el evangelio se sitúa ante un marco común que se configura a través del kerigma anunciado. El evangelio comienza con la descripción de los acontecimientos relacionados con el nacimiento de Jesús y concluye con el testimonio de su resurrección y el nacimiento de las primeras comunidades cristianas. El tercer elemento que caracteriza al género evangelio es su estilo histórico-literario. Sin tratar de hacer historia de los acontecimientos, los evangelistas elaboran sus evangelios como si estuvieran haciendo una exposición histórica de acontecimientos de la vida de Jesús. El cuarto y último elemento que caracteriza al evangelio como género literario es su necesaria actualización. Su predicación permanente a lo largo de la historia y su lectura y anuncio en la Iglesia hacen que el evangelio tenga que ser constantemente actualizado en un lugar y tiempo determinado y ante una comunidad concreta.

El género evangelio es, como su nombre indica, buena noticia. Su redacción y elaboración literaria tiene como finalidad anunciar y predicar que Cristo está presente y actúa en la Iglesia de forma permanente. Esta predicación y anuncio es lo que elaboran y redactan los evangelistas, dando lugar a los evangelios, en los que confluyen datos narrativos de carácter histórico, social y cultural propios de la época y del lugar. El evangelista es el encargado de hacer coincidir todos estos datos. Su papel consiste en hacer hablar a Jesús a través de sus escritos. El que escribe el evangelio es el evangelista, pero no es él quien habla, sino que por medio de su redacción y elaboración literaria hace hablar a Jesucristo, que es, en definitiva, el que orienta y dirige a la comunidad a la que va destinado el escrito. Todo esto hace que el evangelista sea una persona autorizada, un responsable del texto que está escribiendo, el que conoce el contexto de ese texto y el que sugiere el pretexto y la actualización de la redacción final del escrito.

b) El género Hechos de los Apóstoles: Otro género novedoso de la literatura

cristiana es el que aparece reflejado en una única obra del Nuevo Testamento, el libro de los Hechos de los Apóstoles. Una obra que configura un género que sirvió de referencia para escritos cristianos posteriores. Si bien es verdad que el libro es continuación del evangelio atribuido a Lucas, hemos de reconocer que la continuidad se convierte en diferencia con respecto al resto de los escritos del Nuevo Testamento. Los Hechos de los Apóstoles por sí solos, aunque en conexión y continuidad con el evangelio lucano, forman un nuevo estilo literario que podemos definir como un nuevo género literario del que la Biblia no conserva ningún otro ejemplo. Tenemos que recurrir a la literatura apócrifa intertestamentaria y cristiana posterior para encontrar obras que figuran bajo la denominación de «hechos». Sin embargo, tenemos que reconocer grandes diferencias de forma y estilo entre el género literario de los hechos apócrifos y el género del libro canónico.

El género de los Hechos de los Apóstoles es un género singular que pretende hacer una exposición ideal de la vida de las primeras comunidades cristianas a la luz y como resultado de la doctrina evangélica. A través de la experiencia y de los acontecimientos vividos por las primeras comunidades cristianas, el género literario pretende convertir su escrito en un modelo de conducta y ofrecer a otras comunidades nacientes un ejemplo a seguir y una actitud a tener en cuenta.

c) **El género de las cartas:** De los 27 libros del Nuevo Testamento, un total de 20 son cartas y pertenecen a ese género epistolar. Se trata de una forma de escritura habitual en la literatura griega, que los primeros cristianos asumieron como propia a la hora de comunicar y transmitir el mensaje de Jesús. La principal característica de este género reside en su estructura literaria. Son escritos que siguen un esquema que, con leves modificaciones, se repite en todos ellos. Un esquema que encuentra su origen en el formulario helenístico que sigue el esquema: remitente, nombre del destinatario, saludo inicial y fórmula de fe, cuerpo y contenido de la carta, acción de gracias, saludos de despedida y bendición final. Todas estas cartas eran, como su nombre indica, documentos escritos que se destinaban a determinadas comunidades –los destinatarios– a las que una persona con autoridad apostólica escribía animando, exhortando o comunicando cualquier tipo de mensaje con la finalidad de poner en contacto a las diferentes comunidades cristianas distribuidas

por los lugares por donde los primeros creyentes predicaron el Evangelio.

La carta como género literario del Nuevo Testamento surgió de forma más o menos casual. El primero que utilizó la carta como género en la literatura cristiana primitiva fue Pablo, y su decisión vino motivada por su situación geográfica y la imposibilidad de hacerse presente en un momento determinado en una comunidad que él mismo había fundado, la de Tesalónica. La primera carta que se escribe del Nuevo Testamento y, en realidad, el primer escrito del Nuevo Testamento es la primera carta que Pablo escribe a los Tesalonicenses. Una serie de circunstancias llevaron a Pablo a escribir este texto y, a la vista del éxito de su escrito, puso en marcha la elaboración de nuevas cartas a otras comunidades. El ejemplo de Pablo llevó a otros a imitar la fórmula epistolar dando como resultado la colección de cartas que hoy tenemos en el Nuevo Testamento.

Cada una de las cartas, no solo sigue un esquema preciso y bien determinado que la constituye como escrito epistolar, sino que estas cartas ofrecen otros tipos de materiales como himnos, oraciones litúrgicas, fórmulas parenéticas, discusiones breves y demás elementos de interés que la exégesis ha identificado como «formas» dentro del género literario.

d) **El género apocalipsis:** El último género literario del Nuevo Testamento corresponde con el último libro de la Biblia, el Apocalipsis de Juan. Como sucedía con el libro de los Hechos de los Apóstoles, estamos ante una obra que ha dado nombre a todo un género literario en el Nuevo Testamento. Sin embargo, y a diferencia del libro de los Hechos de los Apóstoles, el género apocalipsis ya existía antes de la redacción del último libro de la Biblia. El género apocalipsis tiene sus ejemplos en escritos de la literatura profética y sapiencial del Antiguo Testamento, pero son los apócrifos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, en donde podemos encontrar el mayor número de obras pertenecientes a este género literario.

El género apocalipsis había nacido para dar respuesta a las preguntas que el sabio de Israel, a través de la literatura sapiencial, no había sido capaz de solucionar. Las preguntas de la sabiduría sobre el sentido de la vida, las consecuencias del bien y del mal, el problema de la muerte y la justicia de Dios en la apocalíptica cobran una

dimensión nueva. La apocalíptica, situada en el marco de la literatura intertestamentaria (150 a. C.-150 d. C.), dio lugar a una gran variedad de escritos, de entre los que sobresale de manera particular los identificados como apocalipsis o revelación de lo que hasta ese momento permanecía oculto al ser humano: *Apocalipsis de Henoc, Abrahán, Moisés, Elías, Baruc...* Con el Apocalipsis de Juan nace la literatura apocalíptica cristiana, y el apocalipsis como género literario hace su aparición en el Nuevo Testamento. Tras él surgirán nuevos Apocalipsis –ya apócrifos–, como son el *Apocalipsis de Pedro, de Pablo, del Pastor de Hermas...*

El género apocalipsis se presenta en la mayoría de las ocasiones en forma de sueños y visiones. El libro del Apocalipsis no es una excepción y en él vemos a Juan rodeado de una amplia colección de apariciones, audiciones, visiones, sueños y manifestaciones extraordinarias. En general, el autor de un escrito del género apocalipsis describe lo contemplado o escuchado a través de símbolos y signos, de alegorías, imágenes y metáforas para describir lo que no es fácil de comprender por salirse de la situación normal y habitual para el ser humano. En el género apocalipsis está presente el juego con el lenguaje y con los números. La cábala, la simbología numérica, la guematría y demás apoyos literarios convierten al texto del género apocalipsis en un documento que debe ser tratado e interpretado desde las claves en las que fue escrito.

La finalidad última del género apocalipsis es lograr el fortalecimiento de la fe en los momentos de dificultad. Los apocalipsis son libros esperanzadores, documentos que buscan consolar en medio de las inclemencias de una sociedad en oposición. A través del género apocalipsis, el autor se convierte en un mediador entre Dios y el creyente que recibe el libro. En el Apocalipsis de Juan está claro el mensaje consolador y de esperanza a través de la confianza en Dios y en Cristo en medio del conflicto y la lucha contra el poder del enemigo.

El Apocalipsis de Juan es el único representante del género apocalipsis del Nuevo Testamento, pero eso no le exime de ser uno de los mejores representantes de su género literario. En la obra de Juan confluyen elementos de la apocalíptica judía tardía, de la literatura profética y sapiencial, pero, sobre todo, de la experiencia de vida de las primeras comunidades cristianas sometidas a persecución. Esta situación hace del Apocalipsis de Juan una obra singular dentro del género de los apocalipsis.

En él encontramos elementos propiamente cristianos que no están presentes en otros apocalipsis contemporáneos, ni tan siquiera posteriores, como son: el acontecimiento de la resurrección como punto de partida, el cumplimiento de las esperanzas mesiánicas en la figura de Jesús, la presencia de la Iglesia como nexo de unión entre las comunidades nacientes, el sacrificio de la cruz y el carácter judicial del final de los tiempos. La esperanza del Apocalipsis del Nuevo Testamento reside en el anuncio de la nueva venida de Cristo, la parusía como consumación de los tiempos y momento clave en el acontecimiento salvífico para los creyentes.

Formas literarias

Dentro de cada género literario están las formas literarias, que son subgéneros de los géneros. La forma de un texto es la unidad literaria más pequeña fijada oralmente o por escrito que refleja una manera determinada de hablar o de escribir. A la forma pertenecen la mayoría de los materiales de la tradición incorporados posteriormente a la totalidad de la obra. En el Nuevo Testamento las formas literarias pueden ser:

a) **Los evangelios:** Coincidiendo con el género evangelio podemos hablar de los evangelios como formas literarias. Se trata de un artificio literario creado con la finalidad de anunciar y predicar el mensaje de Jesús a través de un escrito que previamente ha vivido una etapa de formación oral. En el Nuevo Testamento tenemos dos formas literarias de evangelios: por un lado están los evangelios sinópticos y por otro el Cuarto Evangelio o evangelio joánico.

b) **Los dichos:** También conocidos como «logia», son fórmulas que se refieren a la salvación y que los redactores ponen en boca de Jesús en forma de enseñanza doctrinal. Los dichos del Nuevo Testamento se clasifican en: 1) Dichos proféticos: Son aquellos que hablan de la proximidad del Reino de Dios (Lc 12,32; Mt 8,11; 13,16). 2) Dichos sapienciales: Se trata de aquellas fórmulas literarias en forma de dicho que transmiten una experiencia sapiencial siguiendo el modelo del Antiguo Testamento, como pueden ser frases o fórmulas hechas, refranes, proverbios... (Mc 6,4; Mt 12,41-42). 3) Dichos legales: Son aquellas fórmulas que formaban

parte del lenguaje jurídico o administrativo, sentencias apodícticas o fórmulas oficiales propias de la época (Mt 7,6; Mc 8,38). 4) Dichos comparativos: Son fórmulas empleadas en el lenguaje que ponen en conexión ideas, imágenes o secuencias entre sí con el fin de mostrar el dualismo de lo mejor frente a lo peor, el bien ante el mal, la bondad y la maldad... (Lc 15,4-17; Mt 24,43-44; Mc 2,21-22). 5) Los «yos»: Son aquellas alusiones puestas en boca de Jesús que ponen de manifiesto su mesianismo, autoridad, filiación o santidad. Los «yos» son las fórmulas literarias a través de las cuales Jesús expresa su conciencia de ser el enviado de Dios, el Hijo de Dios (Mc 2,17; 10,45).

c) **Los paradigmas:** Son aquellas narraciones cortas –relatos breves– que se utilizan como ejemplos, modelos a tener en cuenta o simples ilustraciones de un contexto determinado. El carácter de los paradigmas nos permite identificarlos como relatos de estilo edificante: la curación del paralítico (Mc 2,1-12); los discípulos arrancando las espigas en sábado (Mc 2,23-28); el hombre de la mano seca (Mc 3,1-6); la unción en Betania (Mc 14,3-9). Al grupo de paradigmas tenemos que añadir la colección de relatos vocacionales del Nuevo Testamento como modelos de aceptación y cumplimiento de la voluntad de Dios.

d) **Los diálogos:** A este grupo pertenecen todas las descripciones de diálogos, enseñanzas, polémicas y diatribas que aparecen en el Nuevo Testamento. El diálogo era una forma de poner de manifiesto el mensaje de Jesús a través de su dialéctica, del enfrentamiento con sus oponentes y de la exposición de su doctrina para demostrar su poder, su autoridad y su personalidad. Por medio de los diálogos, Jesús enseña a sus discípulos y a la gente que lo escucha su mensaje. La mayor parte de la predicación de Jesús ha llegado hasta nosotros en forma de diálogos con distintas personas y grupos.

e) **Milagros:** Las descripciones evangélicas de los milagros ponen de manifiesto una nueva forma literaria que consiste en describir detalladamente los acontecimientos extraordinarios realizados por Jesús. La finalidad de las historias de milagros es doble: por un lado pretenden demostrar su poder, autoridad y trascendencia al realizar hechos que sobrepasan las fronteras de la capacidad humana. Por otro lado, pretenden dejar por escrito aquellos acontecimientos que sirvieron para la conversión de las personas que habían sido objeto del hecho

milagroso o habían contemplado el suceso sobrenatural. Las curaciones y sanaciones son, en la mayoría de los casos, los hechos milagrosos que realiza Jesús y que han recogido los evangelistas en forma de narraciones extraordinarias o como manifestación del poder de Jesús.

f) **La historia de la Pasión:** Otra de las novedades literarias del Nuevo Testamento es la redacción de la Pasión. La descripción pormenorizada de los momentos previos a la muerte y resurrección de Jesús constituyen el centro de la literatura del Nuevo Testamento. La historia de la Pasión es, por sí sola, una forma literaria que da cuenta de los acontecimientos que rodearon a los momentos descritos.

g) **Otras formas literarias:** Podríamos seguir enumerando otras formas literarias del Nuevo Testamento. La riqueza de los escritos bíblicos nos permite hablar de textos eucarísticos, disputas, narraciones históricas, dichos proféticos, dichos sapienciales, dichos legislativos, comparaciones, cartas menores, himnos, confesiones de fe y otros conjuntos narrativos menores.

Historia de las formas

El proceso de estudio de los géneros literarios depende directamente de la historia de las formas (*Formgeschichte*), que dio lugar al análisis de las pequeñas unidades literarias a la luz de determinados esquemas estilísticos. El estudio de la historia de las formas parte del supuesto de que los escritos de la Biblia pertenecen a diversos géneros literarios a través de los cuales el biblista debe descubrir sus formas –elementos formales–. El método trata de explicar el origen de los textos bíblicos, determinar el grado de historicidad que poseen a través del análisis de las formas o géneros literarios y su evolución, teniendo en cuenta el contexto de cada uno de esos escritos. Esta forma de estudio de la Biblia dio lugar a un acercamiento a los escritos sagrados más literario y filológico en un intento de recuperar las intenciones originarias de los escritores y de descubrir el verdadero sentido y significado de los escritos. Las bases para este tipo de estudio las puso J. G. von Herder (1744-1803) cuando se acercó a los escritos del Antiguo Testamento como

textos literarios. Pero fue H. Gunkel (1862-1932), quien, a finales del siglo XIX, estableció la metodología específica de la historia de las formas y los géneros literarios al estudiar analíticamente los escritos del Antiguo Testamento. En 1910, H. Gunkel publicó un comentario al Génesis analizando las pequeñas unidades literarias de la obra bíblica. A la nueva metodología bíblica propuesta por Gunkel se sumó H. Gressmann (1877-1927), aplicando el método a los textos proféticos. Rápidamente el método pasó al Nuevo Testamento. En 1919, M. Dibelius (1883-1947) llevó la metodología a los escritos evangélicos. A Dibelius se unieron K. L. Schmidt (1891-1956) y R. Bultmann (1884-1976), dando lugar a la escuela de la historia de las formas a la que poco a poco se irían incorporando los principales exégetas y biblistas católicos y protestantes.

El objetivo principal del estudio de los géneros literarios era descubrir la historia de las formas literarias o preliterarias y su inserción en la vida social, descubriendo las fuentes de los escritos sagrados que han llegado hasta nosotros en su redacción final y definitiva. Este descubrimiento solo se podía lograr a través del análisis de las pequeñas unidades literarias y del reconocimiento de los diferentes géneros literarios de los escritos. La búsqueda del contexto (*Sitz im Leben*) se convirtió en el punto final del análisis. Es decir, descubrir el marco en el que los textos fueron escritos y las razones que influyeron y condicionaron su redacción. El conocimiento *Sitz im Leben* es una de las mejores ayudas para comprender el contenido de los escritos y las razones que llevaron a su autor a ponerlos por escrito. El paso siguiente era establecer una historia de la redacción y de la tradición del texto, el proceso de evolución, los cambios a los que el texto se vio sometido, su historia hasta la elaboración del texto definitivo, así como las incorporaciones textuales y manipulaciones redaccionales del escrito hasta su fijación definitiva.